



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

2018

Marián Brando Cabrera

LAZO AMOROSO Y SOLEDAD SUBJETIVA

Revista Affectio Societatis, Vol. 15, Nº 29, julio-diciembre de 2018

Art. # 6 (pp. 128-143)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

LAZO AMOROSO Y SOLEDAD SUBJETIVA

*Marián Brando Cabrera*¹

Universidad Nacional de Colombia

marian.brand@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2483-7553

DOI: 10.17533/udea.affs.v15n29a06

Resumen

Este escrito es producto de una investigación psicoanalítica que abordó la intersección entre dos elementos: lazo amoroso y soledad subjetiva. Se sostiene en la siguiente hipótesis: si la soledad supone un imposible en el vínculo, el lazo amoroso puede ser considerado como una de las formas más consistentes de las que se vale el ser hablante para obturarla. De ahí la pregunta: ¿cómo se ama siendo solo? Sigmund Freud se preguntó por los motivos que nos llevan a vincularnos con otros y por la manera en que surgen y se sostienen las sociedades; elaboró varios postulados teóricos para dar cuenta de ello; y abordó la temática del amor en su dimensión de pareja y de cara a la realidad social, destacando su tendencia a cohesionar y situándolo como el grado superior de la relación libidinal con

el semejante. Por su parte, Jacques Lacan, al referirse al vínculo entre semejantes, hace referencia a una imposibilidad fundamental producto de nuestra condición de seres parlantes, y podríamos decir que uno de sus efectos es la soledad. Este autor realiza un desarrollo vasto del amor, destacando su cualidad imaginaria y simbólica, a la vez que introduce otros elementos que apuntan a la forma en que el amor se juega con lo real. Se concluye que la soledad es una experiencia psíquica y corporal, efecto de la constitución vacía del ser hablante, que plantea una imposibilidad en el vínculo; en este sentido, el amor funciona como suplencia frente a este imposible.

Palabras claves: amor, soledad, pareja, vínculo.

1 Psicóloga Clínica, egresada de la Universidad Central de Venezuela (2008). Magíster en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura de la Universidad Nacional de Colombia (2017). Experiencia en el área clínica, organizacional y como docente. Trabajo para optar al título de pregrado publicado bajo el título "Estilos de apego y agresividad en adolescentes", en la Revista de Psicología de la UCV.

LOVING BOND AND SUBJECTIVE SOLITUDE

Abstract

This paper is the result of a psychoanalytic research that tackled the intersection between two elements: loving bond and subjective solitude. It follows this hypothesis: if solitude implies an impossible for making bond, the loving bond can be considered as one of the most consistent forms the speaking being uses to seal up that solitude. Sigmund Freud wondered about the motives that lead us to make bonds with others and about the way societies appear and last; he created a theory in order to explain that; and he considered love in the dimension of the couple and taking into account the social reality, by highlighting its tendency to unite and by placing it as the superior level of the libidinal relationship with the other. On the other

hand, Jacques Lacan, when talking about the bond between fellow beings, refers to a fundamental impossibility due to our condition of speaking beings, and it can be said that one of its effects is solitude. This author presents a vast development on love, highlighting its imaginary and symbolic quality, as well as he introduces other elements on how the real plays a role, too. It is concluded that solitude is a psychic and body experience, effect of the empty constitution of the speaking being, that poses an impossibility for making bond; in that sense, love works as a substitution for this impossible.

Keywords: love, solitude, couple, bond.

LIEN AMOUREUX ET SOLITUDE SUBJECTIVE

Résumé

Le présent article est issu d'une recherche en psychanalyse qui a examiné l'intersection entre deux éléments : lien amoureux et solitude subjective. L'hypothèse suivante sert d'appui à cette étude : si la solitude entraîne l'impossibilité dans le lien, le lien amoureux peut être considéré comme l'une des formes les plus consistantes dont l'être parlant se sert pour l'obturer. D'où la

question : comment aime-t-on en étant seul ? Sigmund Freud s'est interrogé sur les raisons qui nous mènent à établir des liens avec les autres et sur la manière dont les sociétés surgissent et se maintiennent. Il a donc élaboré plusieurs postulats théoriques et a abordé le thème de l'amour dans sa dimension de couple et vis-à-vis de la réalité sociale, en soulignant sa tendance

cohésive et en le situant en tant que degré supérieur de la relation libidinale avec le semblable. Pour sa part, Jacques Lacan, lorsqu'il parle du lien entre les semblables, signale une impossibilité fondamentale produit de notre condition d'êtres parlants, et l'on pourrait affirmer que la solitude est l'un de ses effets. Lacan développe largement le thème de l'amour, en mettant l'accent sur sa qualité imaginaire et symbolique. Il introduit en même temps d'autres

éléments qui révèlent la manière dont l'amour se joue au réel. L'on conclut que la solitude est une expérience psychique et corporelle, effet de la constitution vide de l'être parlant qui établit une impossibilité dans le lien ; dans ce sens, l'amour fonctionne en tant que succédané vis-à-vis de cette impossibilité.

Mots-clés : amour, solitude, couple, lien.

Recibido: 21/1/2018 • Aprobado: 1/3/2018

Argumento

Este trabajo de investigación se inició con un interrogante sobre el significativo soledad. Un significativo con el que nombré la intuición de cierta imposibilidad de encuentro entre los seres hablantes. Podemos registrar en nuestra cotidianidad algo que no anda en el vínculo, la sensación de estar solos aún estando con otros, la dificultad de hacernos entender, o quizá un sentimiento de extrañeza al pensar que no conocemos realmente al otro con quien hemos compartido; podría resumirse en una especie de certeza de estar solos en la propia existencia. Con base en estas cuestiones y en la doctrina psicoanalítica surge la pregunta sobre el significativo soledad.

A este interrogante se le cruza otro, el amor, ubicado también en el plano vincular: ¿cómo es que siendo solos, podemos amar a otro? En esta perspectiva el amor aparece supeditado a la experiencia de soledad, por lo cual me preguntaba, ¿de qué manera es posible pensar el significativo soledad en el campo del amor de pareja? La concepción del amor que sostuvo estas preguntas tiene que ver con la idea de la reciprocidad posible, el amor como responsable de un encuentro a partir de la comunión de cualidades; un encuentro entre dos que están concernidos el uno por el otro de un modo excepcional, cada uno hace pareja con otro que considera, por algún motivo, excluido del común.

Esta idea sobre el amor fue la que estuvo al inicio, sirviendo de punto de partida en el planteamiento de la siguiente hipótesis de investigación: *Si la soledad supone un imposible en el vínculo, el lazo amoroso puede ser considerado como una de las formas más consistentes de las que se vale el ser hablante para obturarla.*

Esta hipótesis pone en evidencia la preeminencia dada a la soledad y cierta sospecha sobre la eficacia del amor. Para afirmarla, o negarla, realicé un recorrido por parte de la obra de Freud y de la enseñanza de Lacan, con el objetivo de indagar sobre ambos significantes: amor y soledad. Hecho esto es posible afirmar que el psicoanálisis ofrece una perspectiva particular para hablar del amor, unos elementos teóricos estructurales que sostienen cierta lógica para explicar las

dinámicas que lo caracterizan y, sobre todo, para dar cuenta de cómo y por qué el sujeto hace pareja.

Con el significante soledad la investigación fue distinta, puesto que las referencias son escasas y con poco desarrollo, no es sencillo precisar su significado, pero podría ser entendido como un significante que dice algo acerca de un vacío inexplicable (Carbone, 2016). La soledad que se aborda en esta investigación no está situada como antónimo de compañía. Iremos desarrollando ideas al respecto.

Amor y soledad a partir de la teoría freudiana

Las ideas planteadas por Freud en el “Proyecto de Psicología” (1996/1895) nos permiten una aproximación al significante soledad. Freud menciona en dicho texto la expresión “el apremio de la vida”, destacando que el sujeto necesita de la presencia y disposición del otro para sobrevivir y para hacer frente a la tensión psíquica, puesto que se encuentra en un estado apremiante cuya acumulación de energía, dada la estimulación interna y externa, produce un esfuerzo en pro de la descarga, que resulta insuficiente. El conjunto de reacciones que tiene el sujeto no es suficiente para sofocar la sensación displacentera; solo la acción específica, llevada a cabo por un adulto, consigue resolver el apremio, al menos temporalmente. Este desvalimiento es lo que luego Lacan llamará la prematuración específica del nacimiento en el hombre, su estado fisiológico inacabado que lo pone en las manos del Otro.

Esta incapacidad que Freud describe para los primeros momentos de la vida, nos permite ubicar la soledad como desamparo, la primera posición del sujeto inerte ante la saturación energética, sin posibilidades suficientes para hacerse cargo de sí mismo. En relación con esto, afirma que “el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales” (Freud, 1996/1895, p.363); el niño se encuentra inerte al inicio, solo en su experiencia psíquica y corporal, y en un segundo momento intervienen los cuidados del Otro y sus palabras, cuyo efecto más amplio es la humanización del viviente. La demanda del Otro con la que el niño se encuentra, supo-

ne la presencia de leyes, normas y creencias que implican una marca en función de eso que viene de fuera.

La acción del *individuo auxiliador* (como lo llama Freud) a favor del desvalido, da paso a la *vivencia de satisfacción*, cuyas consecuencias tienen gran alcance en el acontecer psíquico: cesa el displacer y se genera una *imagen recuerdo* que en situaciones similares será alcanzada antes por la reanimación del deseo, que por la ejecución de la acción específica por parte del Otro. La noción de vivencia de satisfacción es ampliada por Freud en su texto sobre la interpretación de los sueños (1996/1900-1901), donde introduce el deseo como moción psíquica que apunta al restablecimiento alucinatorio de la situación de satisfacción primera.

Dicho esto, no es para nada desdeñable la función que Freud describe para el Otro al inicio de la vida; sin embargo, lo que queremos destacar al hablar de soledad es precisamente que al nacer hay un momento primerísimo de desamparo, donde el ser humano se encuentra solo frente a su propia vivencia psíquica y corporal. Esta soledad inicial da cuenta de que al comienzo no hay un vínculo subjetivo con el semejante. Aunque el Otro está presente desde el inicio, y su incidencia en el sujeto sea indudable tanto en el marco biológico como en el plano psíquico, no está para el sujeto en ese momento primerísimo, de manera relacional, a nivel subjetivo; es, como lo nombra Freud, un otro experimentado que instrumentaliza una acción específica necesaria para el niño.

Con respecto al amor, en la obra de Freud encontramos múltiples menciones y amplios desarrollos; lo iremos definiendo anudado a las siguientes nociones centrales: el narcisismo, la pulsión y los complejos inconscientes. Existen varios elementos que se juegan en la lógica amorosa, específicamente en la elección del objeto de amor, todos ellos de naturaleza inconsciente y en su mayor parte relacionados con vivencias infantiles. Los determinantes de la elección de pareja, según Freud, serían: la manera como se juega la satisfacción libidinal en el tránsito por las etapas del desarrollo psicosexual, los complejos inconscientes y las identificaciones, adicional a las circunstancias externas, es decir, las vivencias relativas al amor experimentadas a lo largo de la vida.

El tránsito por las etapas del desarrollo psicosexual sienta las bases psíquicas que definirán más adelante la elección de objeto de amor. Freud afirma que esta elección se consuma a muy temprana edad y es ratificada luego en la pubertad. Las identificaciones, como segundo determinante, se afianzan en la noción del ideal del yo y en la diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones de meta inhibida, estableciendo los aspectos a introyectar en el caso del lazo amoroso. En cuanto a los complejos inconscientes, la elección de objeto de amor estaría comandada esencialmente por las dinámicas presentes en el Complejo de Edipo, cuyos ecos serían principalmente: la repetición del arquetipo materno y la rivalidad con el padre. El vínculo con los padres se convierte en arquetipo relacional.

Se sabe que Freud al hablar de objeto distingue varias dimensiones del mismo: el objeto perdido del deseo, el objeto libidinal y el objeto de satisfacción pulsional (pulsión de muerte), cada uno de ellos supone una relación diferenciada. Sin embargo, cuando hablamos de la relación de objeto enmarcada en la temática amorosa, si bien hay una referencia específica al semejante que apunta a cierto grado de integración en la elección, esta relación no excluye los movimientos pertenecientes a las otras dimensiones de la relación objetal. Ciertamente, la relación de pareja se sostiene con el otro semejante tomado como objeto de amor, pero no es un movimiento psíquico que funcione sin que se jueguen el deseo y la pulsión, cuyos objetos obedecen a lógicas distintas.

En tal sentido revisemos las notas sobre el amor que nos ofrece Freud, al estructurar dos elementos centrales en su teorización: la pulsión y el narcisismo. Con respecto a la pulsión, sabemos de entrada que se opone a la ligazón amorosa; las pulsiones buscan satisfacción, no amor, su objeto es parcial. Sobre todo en el segundo dualismo pulsional, la pulsión de muerte desenlaza, juega en sentido contrario al vínculo amoroso: con el otro de la pareja no solo se establecen lazos tiernos, este también es tomado como lugar de satisfacción. Cuando un rasgo del otro semejante en el vínculo amoroso encarna como objeto pulsional, se produce el recorrido en busca de la satisfacción.

De cualquier manera, para Freud las pulsiones que sostienen el vínculo amoroso son las pulsiones sexuales de meta inhibida, respon-

sables de sostener todo vínculo tierno y duradero. Cito a Freud: "De amor hablamos, en efecto, cuando traemos al primer plano el aspecto anímico de las aspiraciones sexuales y empujamos a segundo plano, o queremos olvidar por un momento, los requerimientos pulsionales de carácter corporal o sensual que están en la base" (2005/1917, p.300). El amor es definido por Freud como una aspiración sexual de mayor nivel, por así decir, no como una pulsión parcial.

El narcisismo es otra de las nociones a partir de las cuales Freud habla de amor; podríamos decir que es un concepto indispensable para abordar el lazo amoroso: la libido, con su propiedad para transformarse de libido yoica en libido objetal, explica la salida del autoerotismo y el establecimiento del vínculo con el semejante. Freud se pregunta ¿por qué motivos en la vida anímica pasamos del narcisismo al investimento libidinal de objetos? y responde que: "(...) esa necesidad sobreviene cuando la investidura {Besetzung} del yo con libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva a enfermar, [pero al final] uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de la frustración no puede amar" (Freud, 2005/1917, p.82). De estos planteamientos se desprenden dos tipos de elección de objeto en el amor: un primer tipo, por apuntalamiento, determinado por las características de los primeros objetos sexuales del niño, es decir, la madre o el encargado de la nutrición y los cuidados; y un segundo tipo de elección, la narcisista, donde el objeto de amor es seleccionado a partir de características presentes en la propia persona.

Una vez puntualizados estos determinantes de la elección de objeto en el amor, revisamos en primer lugar las elaboraciones freudianas sobre el origen de la cultura y la vida del hombre en sociedad, porque en ellas Freud hace varios señalamientos acerca del amor y, adicionalmente, porque su teorización sobre la cultura nos ayuda a situar nuestra pregunta sobre el sentimiento de ser solos entre muchos. Digamos que el carácter de la vida pulsional implica un resto no común, inutilizable en la dimensión colectiva, y supone también la renuncia a cierto tipo de satisfacción con la puesta en marcha de mecanismos sublimatorios, desexualiza los vínculos haciendo sostenible la vida en comunidad.

En su escrito “Tótem y Tabú” (2005/1913) Freud subraya que es indispensable la existencia de reglas que organicen la convivencia, leyes que instauren prohibiciones, que nos impidan actuar libremente guiados por las mociones pulsionales inconscientes más originarias. La prohibición y su consentimiento en forma de renuncia son lo que sostiene la posibilidad de relación con el semejante. De no existir dicha regulación, la arbitrariedad del individuo se expresaría en el uso de la “violencia bruta”. Freud reconoce el amor como el fundador de la cultura humana: el Eros, como responsable de convertir lo múltiple en uno, está presente en la construcción de las familias y en la organización de las sociedades. Esta es la contribución principal del amor en la reforma pulsional.

Una lectura a partir de los desarrollos de Jacques Lacan

En la obra de Lacan encontramos más elementos para definir la soledad, la nombramos soledad subjetiva para indicar que se trata de lo que alcanzamos a subjetivar de ella como experiencia. Intentamos diferenciarla de su definición en términos fantasmáticos, digamos que es una soledad estructural, distinta de la soledad del pathos, y que alude, como mencionamos, a un vacío inexplicable, a una experiencia psíquica efecto del mismo. Con Lacan podemos añadir que la división que se produce a partir del encuentro del viviente con el significante supone un vacío que nunca será colmado, que, dicho rápidamente, remite al desencuentro radical entre sujeto y objeto, a la imposibilidad de esta relación, a la impotencia del discurso y, finalmente, a la imposibilidad de la relación - proporción sexual.

Ubicando esto en la constitución del sujeto podríamos decir que hay una soledad que le es propia al ser humano, que es estructural, una experiencia psíquica que es eco de ese vacío, uno de los tantos efectos del encuentro del viviente con el lenguaje. Este vacío es un agujero que define al sujeto del psicoanálisis lacaniano, no como sustancia social, orgánica o producto del aprendizaje, tampoco homologado al yo (Peláez, 2011, p.5), sino como sujeto insustancial. Para afinar la comprensión del significante soledad, tomamos una definición de Jorge Alemán en su libro *Soledad: Común. Políticas en Lacan* (2012):

El término <<Soledad>> procede directamente de la enseñanza de Lacan, ya que lo emplea, aunque en muy pocas ocasiones, para hacer referencia a la soledad del sujeto en su constitución vacía. El sujeto lacaniano surge como un vacío sin sustancia y sin posibilidad de ser representado en su totalidad por los significantes que lo instituyen. Su soledad es radical, en la medida en que ninguna relación <<intersubjetiva>> o <<amorosa>> puede cancelar de forma definitiva ese lugar vacío y excepcional. Este vacío surge como el resultado de la desustancialización del sujeto efectuada en la enseñanza de Lacan y cuyo agente principal es el lenguaje (pp.12-13).

Esa desustancialización del sujeto tiene como efecto la experiencia de soledad. El agujero resultante de la operación del lenguaje sobre el cuerpo apunta hacia la imposibilidad de correspondencia entre dos, en últimas a la inexistencia del Otro. Hacia el final de la enseñanza de Lacan, el significante soledad se nutre de otros elementos teóricos que resultan de la preeminencia de lo real. Lacan dice *Hay de lo Uno*, afirmación que hace referencia a la marca de goce en el cuerpo que resuena a lo largo de la existencia. Esta resonancia que atestigua sobre cierta escritura, a través de un programa de goce, determinará la condición inconsciente y singular del ser hablante y su soledad. Adicionalmente, la tesis de la inconsistencia del Otro nos interesa porque su destitución, su tachadura, deja al sujeto sin garantías en relación a aquellos que podría haber considerado los determinantes de su propia vida, sin un lugar de referencia desde el cual ratificarse. Decir que el Otro no existe, deja al ser hablante solo, sin posibilidad de evocar a nadie a quien suponerle contenidos, y surge entonces, en el mejor de los casos, la alternativa de transitar el camino haciéndose responsable, solo, de su propia existencia.

Otros elementos que precisan al significante soledad los tomamos de la psicoanalista Colette Soler (1996), quien apoyándose en la enseñanza de Lacan señala tres “maldiciones” de las que inevitablemente padece el ser hablante: la maldición del inconsciente, la maldición del discurso y la maldición entre los sexos. Con el término maldición, Soler remite a la imposibilidad de zafarse de ella. La *maldición del inconsciente* es condena individual, si entendemos el saber inconsciente como un saber específico, singular para cada sujeto, intransferible de manera fiel y absoluta. Por el solo estatuto de seres parlantes, se pone en juego la

imposibilidad de decirlo todo; la estructura del lenguaje es incompleta, incapaz de nombrar al ser humano en su totalidad, por lo demás, cada significante está dotado de un significado íntimo para cada uno.

La singularidad no agota los elementos que pueden ayudar a la comprensión de esta certidumbre de soledad en cuanto a sus implicaciones en la vida en pareja, este desencuentro es independiente de los tiempos históricos. En este sentido, Soler pone de relieve otro universal a partir de una segunda condena, la llamada *maldición del discurso*. Freud la sugirió como el “malestar en la cultura” y, luego, Lacan la aborda en su desarrollo acerca de los discursos. La maldición del discurso hace énfasis en el desencuentro que se produce constantemente en distintas esferas y niveles de nuestra convivencia: la dificultad que resulta de la participación de muchos *Unos* en espacios comunes.

En cuanto a la *maldición entre los sexos*, Soler recalca que algo entre el hombre y la mujer simplemente no funciona, no calza, es un desencuentro que existe desde siempre y para siempre. Menciona que el problema en el amor es que el goce no se comparte, y que, debido a esto, cada sujeto debe arreglárselas para habitar con su goce el lazo sexuado, pues siempre se goza solo. El goce solitario no hace pareja, mientras que el amor empuja al ideal de la fusión: “apunta a hacer uno” (Soler, 1996, p.10). Cada uno desde su singularidad hace funcionar de algún modo el lazo con el otro. Digamos, en conclusión, que estas tres maldiciones que recaen sobre el ser hablante dibujan la imposibilidad que lo singulariza hasta encarnar la experiencia de soledad.

La soledad propone abordajes distintos según el registro desde donde se la tome. Su dimensión imaginaria se refiere a la cercanía del otro, al grupo, a la compañía, al aislamiento, al delirio yoico, a las coartadas narcisistas de la identidad, elementos todos anudados a la imagen especular. A partir de estos se define cierta forma de relacionarse con el otro y, a su vez, una manera situarse en el amor. En cuanto a su vertiente simbólica, la soledad se define en función del campo del Otro como lugar del código, lugar insuficiente para dar cuenta del sujeto, y donde el significante no se corresponde con el significado, produciendo siempre un malentendido que tacha forzosamente la idea de comunidad.

En su vertiente real, la soledad se juega como una consecuencia del imposible de proporción o correspondencia en el vínculo, dada la inscripción del S1 como letra en el cuerpo: "Hay de lo Uno", de un Uno que no hace lazo, diametralmente opuesto al Uno de la fusión, de la comunidad. El Otro tachado, el planteamiento de la inexistencia del Otro, es correlato del objeto *a* pulsional, del modo de gozar de cada uno, del goce que no hace lazo. El amor es una de las maniobras del ser hablante frente a la experiencia de soledad, un tratamiento posible del imposible vincular.

Habiendo introducido el otro significante que abordó esta investigación, el amor, surge la pregunta de ¿cómo sería entonces amar siendo solo?, ahora en la perspectiva lacaniana. Hablamos de lazo amoroso sin pretender homologarlo a la noción de lazo que se desprende de la teoría discursiva; de esta solo tomamos la imposibilidad que se amalgama en varias formas de hacer relación con los otros. Decimos lazo amoroso porque vincula, relaciona a dos, que, como dijimos, es una de las formas con las que cuenta el parlêtre para sortear el desencuentro en la relación.

Al aproximarnos a la elaboración lacaniana sobre el amor encontramos que en distintas lecciones de sus seminarios el amor se organiza alrededor de la falta fundamental. Organizamos los distintos axiomas en función de los tres registros. El signo de amor y la falta evocada en el don proponen la forma en que los órdenes simbólico e imaginario transforman los objetos de la necesidad en dones de amor. En este sentido, el amor es una suerte de proyección ilusoria que funciona como soporte del vínculo entre dos. Dice Lacan: "Lo que se ama en un ser está más allá de lo que es, a fin de cuentas, lo que le falta" (2004/1956-1957: 144).

Tomamos la "Erótica lacaniana" situando el amor como significación proveniente de un ejercicio metafórico que abre paso a la articulación esencial que sostiene el problema del amor: no hay coincidencia alguna entre el amante y el amado. En la relación de amor lo oculto y misterioso es llamado a revelarse, a presentificarse; sin embargo, tras el misterio está la nada. Amar es mostrarse en falta, revelar que se quiere alcanzar algo que se le supone al otro; cito a Lacan:

“Lo que le falta a uno no es lo que está, escondido, en el otro. Ahí está todo el problema del amor. Que se sepa o no se sepa no tiene ninguna importancia. En el fenómeno, se encuentra a cada paso del desgarró, la discordancia” (2008/1960 -1961, p.51).

La noción del deseo también da cuenta del amor. Considerar al sujeto como ser deseante implica que el amor no se entiende como un sentimiento desinteresado, o como un sacrificio que se haría por el otro en nombre del ‘soberano bien’. El carácter de la elección de amor responde a la articulación de tres elementos: sujeto - objeto - otro. En el amado proyectamos ese objeto de deseo que engancha, que actúa como centro de gravedad, dice Lacan; así es como el amado termina siendo la meta del deseo, su elección responde a un brillo del que no podemos dar cuenta, un brillo agalmático.

Es interesante pensar el carácter del lazo amoroso en sus facetas imaginaria y simbólica como un artefacto que se erige entre dos; hacemos esta afirmación tomando la función de engaño que Lacan identifica en el amor, lo que llamó “la falsedad esencial del amor” (Lacan, 2010/1987, p.261). En la relación amorosa, el sujeto se sitúa en la posición que supone que el otro espera de él, aspirando así a ser amado. La lógica amorosa se funda en un *hacer como si* se cumpliera plenamente con eso identificado como el deseo del ser amado.

Más adelante, en el registro de lo real, Lacan nos habla de la dimensión de goce presente en el amor. La sexualidad en la psique está representada por la pulsión parcial, lo que implica que se juega en el sujeto a partir de la ausencia de totalidad. La teoría psicoanalítica revela que en el misterio del amor no se trata de hallar la otra mitad sexual. La dimensión real del amor se destaca en el aforismo: “Te amo, porque inexplicablemente amo en ti algo más que tú, el objeto *a* minúscula, te mutilo” (Lacan, 2010/1987, p.276). El goce y su circuito no hacen lazo con el otro, es siempre solitario, es modo de satisfacción para cada sujeto, por eso no conviene al amor y da cuenta de la separación insalvable entre un sujeto y su partenaire.

El deseo relanza al sujeto en la búsqueda del amor, mientras que el goce fija un modo de satisfacción que se repite. Lacan indica que: “Solo el amor permite al goce condescender al deseo” (2004/1962-

1963, p.194). Cuando el amante se sitúa como deseante acoge la falta en sí mismo y, por esa vía, le abre paso al goce; de hecho se hace necesario pasar por el cuerpo del Otro para completar el circuito pulsional. De esta forma el goce, que es del orden del Uno, incluye en su recorrido al Otro; el sujeto trata de inscribir su goce singular por la vía del amor.

De la línea teórica lacaniana destacamos el aforismo “no hay relación - proporción sexual”. A partir de él proponemos que el amor toma sensiblemente su condición de artefacto simbólico e imaginario para lidiar con el desencuentro. Tanto para el hombre como para la mujer todo se organiza alrededor de la castración, justamente en el terreno de la falta; el amor viste el encuentro de goce que se produce entre ellos, la llamada comedia de los sexos. El amor se entiende como suplencia frente a eso que Lacan designa como la “fatalidad” de la no relación - proporción sexual; el amor tiende medios, puentes, pasarelas, edificios y construcciones para hacerle frente al hiato de la estructura. Las fórmulas de la sexuación no hablan de amor, sino de goce. Si bien estas fórmulas describen dos posiciones de goce que no se complementan y que no establecen una homología entre el hombre y la mujer, ni entre el goce femenino y el masculino, la lógica masculina –el goce fálico– arroja elementos para hablar de la dinámica que se da en la pareja. Digamos que el amor, como se entiende comúnmente, apunta a la creencia en la posibilidad de la cópula, es autor de la fusión de dos, es una concepción que funciona como velo del vacío estructural.

Para concluir

Para terminar, planteamos la que ha sido nuestra apuesta en este trabajo de investigación: el coraje de un amor agujereado. Tomando la referencia al “amuro”, neologismo que integra la imposibilidad de la pulsión en cuanto al amor, Lacan indica que “lo que suple la relación sexual, es precisamente el amor” (Lacan, 1982/1972-1973: 51): es la forma que dos seres hablantes, siendo cada uno no más que uno, encuentran la forma de suplir la hiancia fundamental. De esta manera el amor, que incluye la diferencia, supone la valentía ante el fatal destino de la soledad.

La experiencia de un nuevo amor remite a la posibilidad de que el sentimiento amoroso asimile dentro de sí la disyunción, que no niegue la imposibilidad declarada por la no relación - proporción sexual. Nuestro planteamiento, en este sentido, no se apoya en un descreimiento alrededor del amor; un nuevo amor implica cierta separación del otro, advertir la propia singularidad, la soledad que de ella deriva, podría permitir el establecimiento de amores menos sufrientes y abrir la posibilidad de un goce al servicio de esa intimidad que choca con el ideal de correspondencia. El amor es en esencia narcisista, siempre amamos a solas, como seres habitados por el lenguaje no tenemos opción ninguna; saberse a solas, poder habitar la singularidad, permite amar de manera distinta. De eso creemos que se trata la valentía en relación con el amor: el coraje de un amor agujereado, un amor entre dos soledades. Dice Lacan en su *Seminario Aún*: "El amor es impotente, aunque sea recíproco, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno (...)" (1981/1972-1973, p.14).

Referencias bibliográficas

- Alemán, J. (2012). *Soledad: Común. Políticas en Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Carbone, V. (2016). Soledad: aquello que se evapora y no desaparece [artículo en blog *Nel Medellín*]. Recuperado en: <http://nel-medellin.org/blogsoledad-aquello-que-se-evapora-y-no-desaparece/>
- Freud, S. (1996/1866-1869). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. i). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2005/1900). La interpretación de los sueños. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. iv). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2005/1917). 21ª conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. xv). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2005/1913). Tótem y tabú. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. xiii). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lacan, J. (2004/1956 -1957). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 4: La relación de objeto*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Lacan, J. (2008/1960/1961). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 8: La Transferencia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2004/1962-1963). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2010/1964). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1981/1972-1973). *El seminario de Jacques Lacan, Libro 20: Aún*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Peláez, G. (2011). El sujeto y el lazo social en psicoanálisis. *Revista Affectio Societatis*, 8, (15). Recuperado en: <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis/article/view/10796>
- Soler, C. (1996). *La maldición sobre el sexo*. Buenos Aires, Argentina: Estudios de psicoanálisis Manantial.